

DECLARACIÓN DE UN VENCIDO

Alejandro SAWA

(Madrid: Cátedra, *Letras Hispánicas*, 2009, 250 págs.
Edición de Francisco Gutiérrez Carbajo)

Debemos mucho a los vencidos, los raros, los excéntricos, los «locos»; aquellos que vivieron la vida sin hacerlo todo como se supone que debe de hacerse, porque, lejos de limitarse a sobrevivir en el sistema de cosas que les tocó en suerte, adivinaron que el mundo podía ser de otra forma. Pero, aún más allá, algunos de estos visionarios aprovecharon la creatividad transgresora de su supuesta locura para ir forjando, como quien se quema a lo bonzo, una obra para nosotros aunque a costa de sí mismos.

En este sentido Alejandro Sawa (Sevilla, 1862-Madrid, 1909), escritor y bohemio, referencia imposible, libertino soñador y tabernario que inspiró a don Ramón del Valle-Inclán su maravilloso personaje Max Estrella, de *Luces de bohemia*, es uno de nuestros mejores locos quijotescos.

Acaba de ser reeditada la novela de Alejandro Sawa, *Declaración de un vencido* y leerla ahora, además de una experiencia estimulante, se parece a encender una vela por la revolución que no pudo ser. En sus páginas Carlos Alvarado Rodríguez, «enfant terrible», joven literato de provincias de personalidad quebradiza, viene a Madrid para comerse el mundo: —«¡Ir a Ma-

drid, vivir en Madrid!; no ser un oscuro provinciano embrutecido en la tarea de poner en circulación los chismes de la localidad; pertenecer a la redacción de esos periódicos cuyas afirmaciones y doctrinas constituyen capítulo de fe para los que las leen a veinte kilómetros de distancia; formar parte también de los Ateneos y las Academias que ilustran en todas las cuestiones de opinión de España; hacerme amar de una de esas duquesas cuyos fáciles amores habían sido la comidilla constante de mi imaginación cuando mi imaginación le pedía jugos prestados a la de los novelistas...»—.

Sin embargo, nuestro protagonista, a pesar de tanta fe mundana, acaba chocando contra la prosaica realidad y la incompreensión más absoluta. Insiste. Vive el Madrid reaccionario finisecular, lo disecciona y lo critica: «La clase media española, sobre todo, es el Cristo ensangrentado y coronado que cae tres veces con el madero a costas antes de llegar a fenecer en el suplicio... Tiene las miserias materiales de la clase obrera y las aficiones dispendiosas de la clase aristocrática... No hablo de la clase aristocrática, pues esa clase social no necesita sino que se la extienda la partida de defunción para ser enterrada con todos los honores que corresponden a sus infamias y latrocinios de antaño, y a su sorprendente corrupción de costumbres de hogaño».

Pero, a pesar de esa lucidez y un trabajado respeto por lo sublime, Carlos Alvarado fracasa vitalmente de nuevo. Desciende por eso al Madrid de los bajos fondos, el cual le acoge... Se había enamorado previamente de una muchacha de dulzura prerrafaelista que le desdeñó por su escasez económica, y ahora cae en brazos de una joven prostituta. O, por decirlo con palabras del narrador: «De cada esquina, por todas las calles y plazas, le saldrá una mujer semejante a la que duerme a mi lado, incitante y provocativa como todos los abismos, y con una canción de amor en los labios; y si resiste el hombre, no faltará por cierto una mano cualquiera que le alargue una botella de vino para que lleve zumo de locura y ruja entonces de alegría ante la visión de los poderosos placeres con que le brinda la prostituta»... Esta mujer podría haber significado su redención, pero este personaje protagonista, como el propio Sawa, sabemos desde el principio que ha nacido para la tragedia.

Tiene razón el novelista: nada como la biografía de un fracaso para explicarnos el sinsentido del mundo. Como con brillantez erudita se explica en la introducción — tras una pormenorizada teorización crítica sobre la época, la vida, las influencias francesas y la obra prolífica y poco leída de Sawa —, *Declaración de un vencido* es la novela más lograda del autor.

Varios aciertos estilísticos hacen de esta obra de influencia romántica, estética decadentista e impregnaciones de las preocupaciones naturalistas, re-

generacionistas y noventayochistas del momento, algo singular. El primero, es su estructura narrativa —una estructura no lineal, sino en forma de pastiche, por decirlo con palabras de la teórica del posmodernismo Linda Hutcheon, que incluye metaliterariamente varios grados de ficción junto a lúcidos análisis sociopolíticos de la España del momento, e interesantes reflexiones sobre el arte, la prostitución, el periodismo político, la vida, la explotación obrera... Otro acierto es su prosa suelta, lírica, periodística e inconcebiblemente bella por momentos, aunque traspasada siempre de melancolía, pues en estas páginas el contenido desborda la forma: «Pues bien: esa mujer —hay que llamarla de algún modo; la llamo simplemente *mujer*, aún a riesgo de ser blasfemo: el paganismo la hubiera proclamado diosa—; esa mujer me ha perdido con su amor, más sañudamente todavía que mis enemigos con su odio. Tiene esto su explicación. Por dentro, íntimamente, como ser afectivo, como organismo pensante, no quiero decir que Julia fuera deforme, pero sí diré que estaba deformada».

El autor se muestra especialmente dotado para la recreación de ambientes vividos. Y es que, como con prolija erudición se señala también en la introducción, ésta es la novela más autobiográfica de Sawa y por eso oscila entre el documento y el autobiografismo... Se nota. He aquí una novela inspirada que, por haberla vivido y sufrido el autor de forma personal, nos ilumina genuinamente.

El texto narrativo, escrito como con ausencia de plan estricto pero imbuido en cada página de la fuerza reguladora de quien domina la técnica de la escritura, huye del acercamiento a esa perfección que nunca se alcanza. De hecho esa opción formal está plenamente al servicio de la narrada historia de Carlos, este joven excesivo como un pecador cósmico que ejemplifica de modo sublime como al artista decadente, puesto que entiende la libertad ética como una autoconquista, tanto los heroísmos del eros como el gusto por la inestabilidad le van desgastando hasta sumirle en la autodestrucción o la diferenciación, que para algunos poetas es lo mismo. Así lo escribió Antonin Artaud: «me autodestruyo para saber que soy yo y no todos vosotros».

De este modo nos muestra elocuentemente Sawa cómo la bohemia es un territorio a medio camino entre el ascetismo y el hedonismo que incluye cierta dosis de un delirio mesiánico a veces llamado malditismo... La lucidez de la locura... La imprudencia que acostumbra a ser tan fértil en literatura... Carlos Alvarado, como el propio Sawa al final de su vida, acaba advirtiéndonos de los peligros de esas oscilaciones pendulares de la mente derivadas de la soledad y la llamada de la psiquiatría. Pero también, como el

Quijote, nos sugiere que la locura creativa no es una periferia, sino el verdadero centro.

Asimismo, nos muestra esta obra — como lo revela también la vida de Sawa— la lucha que se libra siempre en el interior de todo escritor bohemio: una pugna dura y lacerante entre la literatura y la vida; entre la acción y la pasión. Y es que aunque el bohemio se erige desde el principio en obrero de los excesos porque, más allá de la contemplación, entiende que sólo quien se compromete a cabalidad con las cosas tiene derecho a enunciarlas, a la vez sabe que la literatura como praxis es un ejercicio pasivo; un cometido absorbente que resta vida bohemia a quien la practica con dedicación... Esa lucha entre acción y pasión, como vemos de forma progresiva en Carlos Alvarado y de fondo también en Sawa, desdobra la frágil personalidad del creador y le acaba sumiendo en una soledad con frecuencia abrumadora... He aquí una novela autobiográfica que el tiempo ha tornado en universal.

En efecto, Alejandro Sawa, porque no logró tapar sus cicatrices con medallas, fue un Valle-Inclán sin suerte, un Valle-Inclán vencido, y al revisarlos a ambos hoy bien parece que donde Valle-Inclán vuela, Sawa padece la fiebre; la fiebre de quien vive su genio como una enfermedad... Vivimos mirando desde la barrera, como leemos, pero bueno es recordar a veces a esos héroes a los que no podemos seguir. Por eso recomiendo la lectura de este libro.

La edición crítica del profesor Gutiérrez Carbajo es una aportación fundamental a la historia de la literatura contemporánea, especialmente a la narrativa del último tercio del siglo XIX. La amplia introducción nos aporta una visión exhaustiva de Alejandro Sawa y constituye una profunda investigación sobre la naturaleza y la dimensión del movimiento naturalista.

Luis Artigue